



ARTURO JIMÉNEZ BORJA

(1908 - 2000)

Arturo Jiménez Borja nació en Tacna el 18 de julio de 1908 y falleció en Lima, en su domicilio, por mano ajena, un día no precisable de enero del 2000. Un peruano representativo, prototípico del siglo XX, que vivió para el estudio amoroso de la realidad nacional, del habitante precolombino y del hombre andino de hoy, de la cultura y el arte popular, un hombre que vivió para el servicio de los demás y de la paz, terminó su tránsito vital en forma de una violencia insólita, quizá para señalar que la violencia es el signo de nuestro tiempo. Recibió el homenaje más sentido del Perú profundo y fue sepultado en Purunchuco, cerca del Museo de Sitio que creó cerca de las ruinas que reconstruyó con devota exactitud y animó, con su presencia, por décadas. Su sepelio, a la manera andina, fue asistida por los trabajadores de la zona, por sus antiguos compañeros de trabajo, acompañado, como en los Andes, con la música producida por los instrumentos del Antiguo Perú que coleccionó con unción respetuosa. Su último trabajo publicado en la monumental obra *Tejidos Milenarios del Perú*, en la edición dirigida por José Antonio de Lavalley y Rosario de Lavalley de Cárdenas, impresa por AFP Integra en Lima, a fines de 1999.

Para evocarlo desde este lado, el de la vida, reproducimos un texto que leímos cuando la Sociedad "Entre Nous", le hizo un homenaje al cumplir 90 años.



El estudio de la personalidad polifacética de Arturo Jiménez Borja y de su obra original en los vastos campos del saber a los que ha aplicado su inteligencia diferenciada y sus talentos específicos, es tarea que escapa a los alcances, modestos, de estas líneas, que se centran en un examen somero de la faz médica de su biografía. Esta es menos conocida por quienes lo han seguido, en las últimas décadas de su fecunda vida, que se han limitado a recordar que fue médico ejerciente, buen clínico y acertado terapeuta, en el antiguo Hospital Obrero de Lima (Hospital Nacional "Guillermo Almenara", del Instituto Peruano de Seguridad Social), durante treinta años. Menos conocida es su larga labor en el Hospital Dos de Mayo, donde fuera asistente de la Cátedra de Clínica Médica que conducía el casi legendario Profesor Sergio Bernales. He dicho que don Arturo fue médico ejerciente, pero sólo en el ámbito del hospital. Nunca en la "práctica civil",

como se llamaba antes a la medicina de consultorio; y desde siempre escuché decir que AJB era médico en la mañana, arqueólogo en la tarde, y el resto de tiempo, hombre de artes y letras. Hermosa jornada de un espíritu renacentista.

En esa Cátedra, por muchos años, dictó el curso de Terapéutica, en tiempos en que ésta se renovaba por los progresos de la medicina. Fui su alumno del curso, que se dictaba al estilo impuesto por el Profesor Bernales, esto es, no eran clases expositivas sino el interrogatorio de los alumnos sobre determinado tema, que era complementado después por el profesor. "Método socrático" lo llamaba, hiperbólicamente, el querido y al mismo tiempo temido profesor, más recordado como "el negro Bernales". Como eran tiempos de aparición reciente de los nuevos antibióticos, que no figuraban en los manuales de consulta, había que recurrir a las monografías preparadas por los laboratorios, búsqueda nada fácil para alumnos

muy requeridos por la exigencia de ése y los demás cursos. Cuando el alumnado no se sentía preparado en el tópic, pedía a don Arturo que desarrollara algún aspecto de Psicoterapia, principalmente los aspectos de patología psicosomática entonces novedosos. Atendiendo esta demanda, nos permitió revisar los aspectos psicoterapéuticos de la hipertensión arterial, la úlcera péptica, el asma bronquial, el colon irritable y la colitis ulcerativa, entre otros tantos que llenaban la hora sin exponernos los alumnos a disertar sobre otros asuntos, más prosaicos y aburridos, del arte de la terapéutica. Pocos sabían que le dábamos a don Arturo en la yema del gusto, pues era un médico con sólida formación psiquiátrica, conseguida al lado del Profesor Honorio Delgado.

Pero para determinar la revisión de su paso por el Hospital Dos de Mayo, debe recordarse que por años fue Jefe de Redacción de la revista *Actualidad Médica Peruana*, que se publicaba con la dirección de Sergio Bernales y un grupo distinguido de especialistas de ese importante centro asistencial entonces a cargo de la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima. Las labores de Jefe de Redacción se extendían a requerir el material, ordenarlo en las secciones fijas de la revista, y quizá lo más importante, la revisión estilística, esto es, hacer publicable, en buen castellano, las cuartillas de contenido interesante pero escritas con el apremio y el desaliño que los médicos ponen en casi todo lo que hacen. Excelente escritor, de estilo claro y ameno, Jiménez Borja nos recordaba a su hermano José, insigne gramático, que en pre-médicas "desasnaba" a jóvenes recién egresados de los colegios que tenían poca simpatía por la siempre mal enseñada Gramática Castellana.

En los años finales de sus estudios médicos, Arturo Jiménez Borja se acercó al Hospital

"Víctor Larco Herrera", al Pabellón No. 2, jefaturado por el Maestro Honorio Delgado. Una recóndita vocación psiquiátrica lo llevó al lado del Maestro, a quien acompañaba en las visitas, prestando valiosa colaboración en la ordenación de los dibujos de los enfermos mentales que se atendían en ese Servicio. Honorio Delgado había instituido, desde su ingreso al Hospital en abril de 1920, el dibujo y la pintura espontáneas en los pacientes. Una vez me contó Don Honorio que entonces el Asilo Colonia de La Magdalena retenía a sus médicos desde muy temprano en la mañana hasta las cinco de la tarde, en que les proporcionaba movilidad para el regreso a Lima. Los médicos, de todas las categorías, se encargaban también de las guardias. Entonces Magdalena del Mar parecía estar distante y los médicos tenían excelentes sueldos que no los presionaba, como sucedería después, a regresar a los consultorios para completar el presupuesto familiar básico.

De modo que había mucho tiempo para atender sin prisa a los pacientes, hacer largas historias clínicas, ensayar los nuevos procedimientos terapéuticos que venían entonces de Europa. El filántropo Larco Herrera daba comodidades a los médicos, surtía la biblioteca de las novedades de la literatura especializada, y hacía lo posible por retener, a gusto, a los profesionales, en una especie de "población cautiva". Cómo sería de atractivo el Asilo que los principales médicos asistían inclusive los domingos, para participar del "ágape intelectual" de las reuniones en el amplio ambiente que el Director, Don Hermilio Valdizán, había construido como biblioteca, anexo a la casa del director, que era el residente que más tiempo permanecía en el Asilo. Ahí se escuchaba comentarios sobre temas científicos y literarios, se leía poemas, se revisaba libros, y al término de la reunión se disfrutaba del buffet

que el generoso Don Hermilio invitaba y que él, sujeto a dieta estricta, no probaba.

Volviendo a Arturo Jiménez Borja, éste se ocupó en el Pabellón 2 de la pinacoteca, tan afín a su sensibilidad de artista, y puso en orden los dibujos de los enfermos. De esta tarea salió su tesis de bachiller *Iconografía esquizofrénica*, que debe ser uno de los primeros trabajos en el mundo sobre el tema. Se publicó como artículo original en la *Revista de Neuro-Psiquiatría* (1938); también dio a la estampa el texto "Historia e iconografía de un esquizofrénico" (1939), donde se analizó los dibujos de un paciente seguido por él durante su evolución clínica. Dos textos de este tipo se publicaron en la original revista "3" dirigida por AJB, José Alfredo Hernández y Luis Fabio Xammar: "Formas simples en el dibujo de los esquizofrénicos" y "Primitivismo en la iconografía de los esquizofrénicos". Varias recensiones de los primeros números de la *Revista de Neuro-Psiquiatría* también son de su autoría. Con las actividades en el Hospital Obrero, su asistencia al Larco Herrera se hizo menos asidua. Pero nunca se extinguió su interés por la medicina mental y fue siempre patente su inclinación psicognóstica de "médico de almas".

Con su cese en el Hospital Obrero después de 30 años de servicios, AJB dio por concluida su etapa médica, para dedicarse exclusivamente, "sin que el oficio interrumpa" (J. F. Valega), a las otras grandes pasiones de su vida. Sólo relataré, a modo de coda, una anécdota de sus visitas en ese Hospital, contada por él mismo: lo acompañaban los internos y al llegar a la cama de un

enfermo, de procedencia andina, éste solicitó se le diera algo para aliviar los dolores corporales. Resulta que había soñado que se caía del segundo piso y se había despertado con mucho dolor. De inmediato don Arturo ordenó se le hiciera unas frotaciones en las zonas dolorosas. Los internos quedaron sorprendidos por esta disposición y uno comentó: no es que se haya caído de veras, sólo lo ha soñado, de modo que la indicación de las frotaciones, para racionalistas a ultranza, parecía extraña. Explicó don Arturo: en la mentalidad aborígen, lo vivido y lo soñado no están tan claramente separados como en la vida cotidiana de la cultura llamada occidental, de modo que una queja de este tipo debe atenderse puesto que para el paciente es un legítimo reclamo. Este es un ejemplo práctico del conocimiento del mundo aborígen en el ejercicio médico cotidiano.

Arturo Jiménez Borja fue incorporado como Miembro Titular de la Academia Nacional de Medicina en 1991 con un trabajo titulado "Formas de pensar aborígen", que aduna su primigenia vocación psiquiátrica con su permanente interés por el hombre del Antiguo Perú y el supérstite actual, el andino y el mestizo a predominio indígena, su psicología, presencia y paisaje, su vida cotidiana, en especial su maravilloso imaginario expresado en alfarería, vestidos, instrumentos musicales, máscaras, en fin el hombre peruano, su entorno y su obra. He propuesto a la Academia una Mesa Redonda con este título: "La contribución de AJB al estudio del *ethos* andino", que destacará lo esencial de su obra médica y su vocación peruanista.

JAVIER MARIÁTEGUI

ACTA HEREDIANA, Segunda Época, Volumen doble 26/27, Abril 1999 - Marzo 2000, pp. 106 - 108.